

saberse este accidente no se libraron luego nuevas órdenes para hacer mover aquella división, la que sin duda alguna habría llegado á la plaza á las diez ó las once de la noche á más tardar, supuesto que Santa Fe sólo dista de Veracruz tres leguas á lo más? ¿Será posible que S. E. hubiera llevado su negligencia hasta el extremo de no haber preguntado al Sr. Arista, al momento de presentársele, en qué parte dejaba sus fuerzas, y si había ó no recibido la comunicación de que se trata? Pero no hay cosa razonable que pueda disculpar tan torpes y criminales omisiones. »

« Ellas dieron al fin el resultado que debían naturalmente producir : el general Santa Anna fué sorprendido el día 5 al amanecer, siendo lo más vergonzoso, que en una plaza murallada hubiese penetrado el enemigo sin ser sentido, y que hubiese llegado hasta la casa del general en jefe, situada en lo interior de ella, sin que éste supiese lo que pasaba ni aún en la calle en que vivía. Algunos tiros disparados por la guardia que custodiaba al héroe, en tiempo que una columna enemiga estaba ya encima de su morada, fueron los primeros anuncios que tuvo del peligro que corría, y los que le hicieron salir violentamente aturdido y sobresaltado, sin casaca y sin sombrero. S. E. dirigió entonces sus trémulos y precipitados pasos, como se lo exigían las circunstancias, hacia el campo; no á la cabeza

de su guardia, según asegura el *Manifiesto*, porque ésta desde luego se dispersó á la carrera que dió su capitán Don Jose María Campos, quien arrojándose por el baluarte de San Mateo, huyó despavorido hasta los Pozitos, sino sólo y sin pensar en otra cosa que en salvar su interesante persona. »

« Y no fué difícil que el general Santa Anna hubiese podido escapar pasando por en medio de las tropas enemigas, porque habiendo salido en el traje que he indicado, no pudieron los agresores figurarse que pudiese presentarse así el caudillo que buscaban. Habiendo conseguido, pues, allanar aquel primer embarazo, se dirigió precipitadamente al cuartel Landero, á donde llegó al tiempo que iban á cerrar. De allí pasó al de Hidalgo, que tiene con el otro una comunicación subterránea, y por una escalera de mano se tiró al campo, yéndose á situar al *Matadero*, sin duda alguna con el objeto de aprovecharse de una porción de arbustos que hay en las inmediaciones de aquel lugar, y en que muy fácilmente se habría podido esconder S. E., si los invasores hubiesen seguido sus huellas. »

« Abandonada así la plaza por la vergonzosa fuga del general en jefe, y sin haberse antes tomado ninguna medida para su defensa, la mayor parte de la guarnición no sabía qué hacer en el desconcierto en que se hallaba, y tuvo que echarse á vagar en diferentes direcciones sin presentar resistencia

alguna al enemigo á excepción de un corto número de valientes, que por sí y sin la combinación que expresa el *Manifiesto* en su página 6 se defendieron en el cuartel. Yo que sin embargo de no tener entonces ningún empleo militar, había ofrecido mis servicios para repeler la agresión injusta de la Francia, salí de la casa de mi habitación á los primeros tiros, buscando las filas de la patria, como lo verifiqué al primer cañonazo de la escuadra, el día 27 del próximo pasado Noviembre, y se acredita por los documentos que van marcados al fin de esta refutación con los números 1 y 2. Desgraciadamente no hallé sino confusión y desorden, lo que me obligó á salir al campo, después de haber querido en vano penetrar al cuartel, que se hallaba ya cerrado y con el enemigo encima ».

« Al salir noté que los dispersos tomaban diferentes direcciones, habiendo yo podido descubrir entre ellos al capitán Don Mateo Aragón y al teniente coronel Don Mariano Jaime, que al trote pasaba huyendo con todo su escuadrón. Al encontrarme con el último le supliqué hiciese alto, viese el modo de formar con los dispersos una columna, situarla en la puerta nueva, resistir allí al enemigo, y en caso preciso, retirarse en orden en busca del general. Pero nada pude conseguir : Jaime, lleno de pavor, creía que le daba alcance el soldado francés, y volteando á ver de cuando en cuando hacía la plaza,

picaba el buen caballo que tenía con mucha anticipación preparado para la fuga. Éste, sin embargo, se presenta en el *Manifiesto*, hablando de sucesos que su cobardía no le dejó presenciarse. Bien es verdad que lo mismo han hecho el sargento mayor de la plaza Don Miguel G. de Castilla y el coronel Don José María Flores ; porque si Jaime se fué á situar á los Pozitos sin volver á Veracruz, Castilla marchó desde el *Matadero* con una comisión á Santa Fe, de donde no regresó sino hasta el día siguiente, y Flores fué á parar en su fuga presurosa á dos leguas de la plaza, y no se le volvió á ver la cara hasta al cabo de los tres días después. En iguales circunstancias se hallan algunos otros de los más que firman el impreso que refuto ; pero no quiero avergonzar á miserables subalternos. »

« Viendo yo pues, que Jaime se resistió al proyecto que le indiqué, quise volver al cuartel y me dirigía para allá, cuando S. E. el general Santa Anna me llamó para el *Matadero*, en donde estaba todavía. Con efecto, me le incorporé, y poco después se fueron reuniendo muchos dispersos de la plaza, á los que llama el *Manifiesto* en su página 6^a cuerpo de reserva, y que realmente no era otra cosa que un hacinamiento de cobardes que habían elegido aquel lugar, para salvarse, empezando por su general que no tuvo valor ni para quedarse en el cuartel que se defendió con dignidad y denuedo. »

« Entre tanto, los franceses posesionados ya de la ciudad y de todos los baluartes, á excepción del único punto indicado, desmontaban y clavaban nuestra artillería, destruían los montajes de los bastiones, el parque y demás útiles de guerra y maestranza, sin que por nuestra parte hubiese quien osase oponerse á este escarnio de la república. Me ocurrieron entonces mil reflexiones tristes al ver frustradas las esperanzas que la nación se había prometido cuando confió su defensa al que suponía que era capaz de salvarla. Mirando de hito en hito á Santa Anna, decía entre mí : he allí al que ha pasado por *el primer general de los mexicanos*, al que á título de valiente ha destruído sus leyes, los ha asesinado, saqueado y ultrajado, sin que nadie se hubiese atrevido á castigarlo, porque todos le temen. ¿Es posible, exclamaba yo interiormente, que éste cobarde, sin saber, sin virtudes, sin mérito de ningún género, hubiese sido el ídolo, á cuya presencia hubiesen temblado todos los generales de la república, y se hubiesen prosternado los pueblos? No me pasaba entonces por la imaginación suponer que pudiese volver á figurar, como después figuró, ni menos me persuadía que se atreviese á llevar posteriormente su insolencia al extremo de hacer callar á las cámaras, al Poder Conservador y demás funcionarios públicos, en los términos en que lo ha hecho. Esto es sin embargo lo que después he

visto con el mayor asombro, habiendo admirado todavía más de que su misma cobardía hubiese sido desfigurada, *abusándose de nuestra imbecilidad*, para elevarlo de nuevo al poder en que nos ha insultado, como antes no se había atrevido á hacerlo. Sólo los mexicanos hemos podido tener paciencia para haber tolerado tanto baldón y tanto oprobio.

« Santa Anna en el *Matadero* permanecía rodeado de más *de 30 jefes y oficiales inservibles*, sin ningún ayudante de los que habla el *Manifiesto* en su página 7^a. Por eso tuvo tanta necesidad de valerse de mí para que fuese á Vergara, una legua distante de aquel punto, á disponer se incorporase á S. E. un piquete de tropa que allí existía. Cumplí con este encargo y á mi tránsito por los Pozitos previne á los capitanes Aragón y Gama, se reuniesen en el cuartel general. A mi regreso se me ordenó abriese una brecha hacia el cuartel que se defendía, y de cuya operación fué preciso desistir por carecer de los útiles necesarios. Entonces fuí destinado á sostener el baluarte de Santa Bárbara, único que el enemigo no había tomado, porque no había querido, y que servía de defensa al flanco izquierdo del cuartel. »

« Hecho esto se notó que los franceses ponían bandera blanca, señal que sin duda hicieron para hacer cesar los fuegos, poder entretanto recoger sus heridos y emprender su retirada. Esta noticia

fué comunicada al general por un sargento mandado por el coronel Don Cristóbal Tamariz, que era el que mandaba el cuartel, y no el coronel Cadena, como suponen los firmantes del *Manifiesto*. La contestación dada á semejante mensaje fué la de ordenarse á Tamariz por toques de clarines, redoblase los esfuerzos de su resistencia. Sin embargo, el enemigo verificó su retirada, y así que el general se informó bien de que ya se hallaba en el muelle, fué cuando se aproximó al cuartel, y dispuso que de los dispersos que traía, unidos á los defensores de este punto, se formase una columna para cargar á los agresores en su retirada. Ordenada ella me le reuní y marchamos á las órdenes del general hasta el convento de Santo Domingo, en donde se hizo alto. Desde allí se me ordenó practicase un reconocimiento sobre el muelle, lo que verifiqué acercándome á él por el flanco derecho, hasta llegar á treinta varas del embarcadero. Pude entonces observar que el enemigo tenía una emboscada en el cuarto destinado en aquel punto al servicio del oficial de la guardia, la que habría acabado conmigo, á no habérselo impedido los oficiales que la mandaban; que los demás se embarcaban con violencia, y que sobre el muelle no quedaban más que de 70 á 80 hombres, con una pieza abocada á la puerta principal. Reunidos estos datos contramarché á gran galope á dar cuenta de mi observación,

é impuesto de ella el general, dispuso que avanzásemos. En este momento desertó el teniente coronel Don Bartolomé Arzamendi, por lo que quedó á la cabeza de la columna el de igual clase Don José Francisco López. Llegamos pues á la plaza del muelle, y se mandó que para presentar el frente al enemigo, se hiciera un medio cuarto de conversión sobre la derecha, en cuyo acto se guareció el general en la esquina ó ángulo que forma la comandancia del puerto dejando casualmente descubierta una pierna. Del movimiento resultó que se entrase por mitades, frente al muelle, y al instante disparó el enemigo la pieza cargada á metralla, que fué la que hirió la parte del cuerpo de S. E. que se hallaba en descubierto, mató dos oficiales y algunos granaderos, me lastimó la cara y acabó con mi caballo. El tiro fué tan certero que desordenó la cabeza de la columna, la que ya no volvió á cargar á la bayoneta como dice el *Manifiesto* página 8^a; sino que por la muralla dirigió algunos tiros al enemigo. Éste al fin se reembarcó, llevándose sus heridos y muertos, y dejando solamente en la ciudad la consternación y el sobresalto. »

« Concluída, pues, aquella refriega, en que quedó muy mal puesto el honor militar de la República, se evacuó la plaza por nuestras tropas, situándose el campo en los Pozitos, cuando no había necesidad alguna de que se hubiese adoptado aquella provi-

dencia. Porque si S. E. se hallaba en imposibilidad absoluta de continuar en la ciudad, esta circunstancia no hacía indispensable el abandono de ella, como que confiado el mando á cualquiera otro, lo habría sostenido en aquel punto con más pericia y valor que lo había hecho el que hasta entonces pasaba por el primer general de la nación. »

« De todo lo dicho que estoy dispuesto á probar en juicio, como lo tengo pedido al gobierno, y no se ha querido acceder á mi demanda, resulta : primero, que la plaza de Veracruz fué sorprendida en la mañana del 5 de Diciembre del año pasado, de una manera vergonzosa para el general Santa Anna; segundo : que S. E. huyó después de la sorpresa, yéndose á situar á extramuros en lugar donde podía fácilmente continuar su fuga, ó esconderse, si los franceses le hubiesen seguido; tercero : que no volvió á la plaza sino cuando ya supo, de una manera positiva, que el enemigo se hallaba de retirada en el muelle, y embarcándose para sus buques; cuarto : que no se aproximó á este punto sin haberse cerciorado plenamente de que ya era poca la fuerza francesa que estaba en tierra, y que ésta se apresuraba á meterse en sus buques y lanchas; quinto : que S. E., en la supuesta carga, que se dice se dió en el muelle, procuró colocarse bien, dándose el competente resguardo, y que sólo por casualidad pudo haberlo herido la metralla de los invasores;

sexto : que no se obligó á éstos á evacuar la plaza, sino que se retiraron cuando quisieron, y ya que habían inutilizado la mayor parte de nuestros trenes y municiones de guerra; y séptimo : que no se hizo á los franceses ningún prisionero, ni se les cogió ninguna pieza, como lo asegura S. E. en el parte que entonces dió; y que la que figuró haberse quitado al enemigo en el muelle, era de uno de nuestros baluartes, de donde la bajaron los agresores para hostilizarnos y dejar á S. E. memorias desagradables ».....

.....

Francisco de P. ORTA.

*
**

Don Miguel Lerdo de Tejada, Rivera y Zamacois, están enteramente de acuerdo con Don Francisco Orta en los hechos, que no quisieran calificar « dispuso Baudin que se retiraran y marcharan todos hacia el muelle para embarcarse, no habiendo sido su intención como he dicho antes apoderarse de la ciudad »..... « Sabido esto por Santa Anna que en aquel momento se hallaba fuera en el punto llamado el « Matadero » quiso ir á batirlos en su retirada..... y poniéndose al frente de una columna de *trescientos hombres* marchó hacia

el muelle, siguiendo el costado interior de la muralla; pero al presentarse frente á la puerta de ésta, los franceses que para tal evento habían colocado en la punta del muelle un cañón que estaba en la calle de San Agustín, cargado á metralla, lo dispararon sobre la fuerza de Santa Anna y aquel tiro fué de un efecto funesto para ella (1). »

« Este desgraciado contratiempo causó naturalmente algún desorden en la tropa, *que por supuesto no pensó ya en ir sobre el muelle*, pero usando los soldados de las aspilleras de la muralla inmediata á aquel punto, continuaron el fuego sobre los *setenta ú ochenta franceses que estaban embarcándose.* »

Tal fué la señalada victoria de Santa Anna contra los franceses relatada por Don Miguel Lerdo de Tejada. Rivera, en su *Historia de Jalapa*, tomo III, narra enteramente los mismos hechos que Lerdo de Tejada, Zamacois dice :

« Como el objeto de los asaltantes no había sido otro que el de apoderarse por sorpresa de Santa Anna y destruir algunas obras de defensa de la plaza, se retiraron para reembarcarse. Santa Anna al ver al movimiento retrógrado de sus contrarios, se puso á la cabeza de una fuerza y fué siguiendo hasta el muelle. Los franceses habían colocado en

(1) Lerdo de Tejada, *Apuntes históricos de Veracruz*, tomo II, pág. 416.

éste un cañón cargado con metralla previendo que serían atacados al retirarse y haciendo fuego en el momento en que los mexicanos se acercaban fué herido Santa Anna en la pierna y mano izquierda y muerto el caballo que montaba. A los estragos hechos por la pieza de artillería, *la columna se desordenó* y los franceses *se reembarcaron sin ser molestados* más que de las aspilleras de la muralla que estaba próxima al muelle (1). »

En cuanto á hechos son los que refiere Orta, de acuerdo con las versiones oficial é histórica del enemigo. Orta no hace más que calificar y lo hace correctamente.

El hecho de que Santa Anna estuviera fuera de la ciudad mientras los franceses atacaban la plaza que el gobierno le había ordenado defender, es una cobardía. El comandante de una plaza está obligado á mantenerse dentro de ella cuando la atacan y si sólo hay un punto que se defiende como sucedió en Veracruz, está obligado á estar en dicho punto.

Es un hecho reconocido por los historiadores citados, que Santa Anna esperó á tener noticia de que los franceses se reembarcaban para ir á hostilizarlos, cuando su deber era atacarlos cuando estaban ocupados en atacar el cuartel de la Merced. Santa Anna no prestó pues auxilios á los defensores

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XII, pág. 165.